

CUADRO FILOSÓFICO  
DE LOS PROGRESOS SUCESIVOS  
DEL ESPÍRITU HUMANO  
Discurso pronunciado en latín.<sup>1</sup>  
en la Sorbona como clausura  
de las Sorbónicas, por Turgot, prior,  
el 11 de diciembre de 1750<sup>2</sup>

Los fenómenos de la naturaleza, sometidos a leyes constantes, están encerrados en un círculo de revoluciones siempre iguales. Todo renace, todo perece. En las sucesivas generaciones, por las que los vegetales o animales se reproducen, el tiempo no hace sino restablecer a cada instante la imagen de lo que ha hecho desaparecer.

La sucesión de los hombres, al contrario, ofrece

---

<sup>1</sup> Como el primer discurso, fue también redactado primeramente en francés, que es como nos ha llegado.

<sup>2</sup> Du Pont afirma haber eliminado —como en el primer discurso— «el exordio relativo a la circunstancia». Sin embargo, Schelle ha constatado que este exordio no se encuentra en los manuscritos conservados. Estamos de acuerdo con Schelle en que muy difícilmente ha existido jamás este exordio porque no se entendería que Turgot lo mantuviese en las copias del primer discurso y lo eliminase en las del segundo.

de siglo en siglo un espectáculo siempre variado. La razón, las pasiones, la libertad producen sin cesar nuevos acontecimientos. Todas las edades están encadenadas las unas a las otras por una serie de causas y efectos, que enlazan el estado presente del mundo a todos los que lo han precedido. Los signos arbitrarios del lenguaje y de la escritura, al dar a los hombres el medio de asegurar la posesión de sus ideas y de comunicarlas a los otros, han formado con todos los conocimientos particulares un tesoro común que una generación transmite a la otra, constituyendo así la herencia, siempre aumentada, de descubrimientos de cada siglo. El género humano, considerado desde su origen, parece a los ojos de un filósofo un todo inmenso que él mismo tiene, como cada individuo, su infancia y sus progresos.

Se ven establecerse sociedades, formarse naciones, que alternativamente dominan y obedecen a otras naciones. Los imperios se elevan y caen; las leyes, las formas de gobierno se suceden unas a otras. Las artes, las ciencias se descubren y se perfeccionan una y otra vez. Alternativamente retardadas y aceleradas en sus progresos, pasan de clima en clima. El interés, la ambición, la vanagloria cambian a cada instante la escena del mundo e inundan la tierra de sangre. En medio de sus destrucciones, las costumbres se suavizan, el espíritu humano se ilustra, las naciones aisladas se acercan las unas a las otras. El comercio y la política reúnen, en definitiva, todas las partes del globo. La masa total del género humano, con alternativas de calma y de agitación, de bienes y males, marcha siempre —aunque a paso lento— hacia una perfección mayor.

Los límites que nos son prescritos no nos permiten presentar a vuestros ojos un cuadro tan vasto. Intentaremos solamente indicar el hilo de los pro-

gresos del espíritu humano. Formarán todo el plan de este discurso algunas reflexiones sobre el nacimiento, los incrementos, las revoluciones de las ciencias y las artes confrontadas con la serie de los hechos históricos.

Los Libros Santos, después de habernos iluminado sobre la creación del universo, el origen de los hombres y el nacimiento de las primeras artes, nos permitirán muy pronto ver al género humano concentrado de nuevo en una sola familia por el diluvio universal. Apenas se comenzaba a reparar sus pérdidas cuando la división milagrosa de las lenguas fuerza a los hombres a separarse. La obligación de ocuparse de las necesidades apremiantes de la alimentación en los estériles desiertos, que sólo ofrecían bestias salvajes, les impulsa a alejarse los unos de los otros en todas las direcciones y apresura su difusión por todo el universo<sup>3</sup>. Muy pronto las primeras tradiciones fueron olvidadas. Las naciones, separadas por vastos espacios y, aún más, por la diversidad de las lenguas —desconocidas las unas para las otras—, fueron casi todas sumidas en la misma barbarie que todavía vemos en los indios americanos.

Pero los recursos de la naturaleza y el germen fecundo de las ciencias se encuentran allí donde hay hombres. Los conocimientos más sublimes no son ni puede ser sino las primeras ideas sensibles desarrolladas o combinadas, igual como el edificio cuya altura impresiona más nuestras miradas, se apoya necesariamente sobre la tierra que pisamos con los

<sup>3</sup> Turgot comienza este segundo discurso también partiendo de la base religiosa de la Biblia, pero vemos que rápidamente pasa a tratar el tema del progreso en términos completamente seculares.

pies. Los mismos sentidos, los mismos órganos, el espectáculo del universo mismo han dado en todas partes las mismas ideas a los hombres, así como iguales necesidades e inclinaciones les han enseñado en todas partes las mismas artes.

Una débil luz comienza, de tarde en tarde, a penetrar la noche extendida sobre todas las naciones y se expande poco a poco. Los habitantes de Caldea —más cercanos a la fuente de las primeras tradiciones—, los egipcios, los chinos parecen adelantarse al resto de los pueblos. Otros les siguen de lejos. Los progresos conducen a otros progresos. La desigualdad entre las naciones aumenta. Aquí comienzan a nacer las artes, allí avanzan rápidamente hacia la perfección, más lejos se detienen en la mediocridad, en otros lugares todavía no se han disipado las primeras tinieblas. En esta desigualdad variada hasta el infinito, el estado actual del universo nos presenta —sembrados sobre la tierra— a la vez todos los matices de la barbarie y de la civilización. Nos muestra, de qué manera, bajo un solo golpe de vista, los monumentos, los vestigios de todos los pasos del espíritu humano, la imagen de todos los grados por donde éste ha pasado y la historia de todas las edades.

¿No es por todas partes la naturaleza siempre la misma? Y si conduce a todos los hombres a las mismas verdades, si sus errores mismos se parecen, ¿por qué no van todos con paso igual en la ruta que les traza? Sin duda el espíritu humano contiene en todas partes el principio de idénticos progresos. Pero la naturaleza, desigual en sus dones, ha dado a ciertos espíritus una abundancia de talentos que ha rehusado a otros. Las circunstancias desarrollan estos talentos o los dejan enterrados en la oscuridad. De la variedad infinita de estas circunstan-

cias nace la desigualdad en el progreso de las naciones.

La barbarie iguala a todos los hombres. En los primeros tiempos, todos aquellos que nacen con genio encuentran un poco después los mismos obstáculos y las mismas soluciones. Con todo, las sociedades se forman y se extienden. Los odios entre las naciones, la ambición o más bien la avaricia —única ambición de los pueblos bárbaros— multiplican las guerras y las destrucciones. Las conquistas, las revoluciones mezclan de mil maneras los pueblos, las lenguas, las costumbres. Las cadenas montañosas, los grandes ríos, los mares reduciendo entre ciertos límites las migraciones de los pueblos y, por tanto, sus mezclas, formaron las lenguas generales que se convirtieron en un lazo para varias naciones y repartieron todas las del Universo como en cierto número de clases. La agricultura volvió más fijos los domicilios. Como alimentaba a más hombres que los que ocupaba, impone desde entonces a los que deja ociosos la necesidad de ser útiles o temibles a los agricultores. De aquí provienen las ciudades, el comercio, las artes útiles o simplemente recreativas, la separación de las profesiones, la diferencia de educación, la desigualdad mayor de las condiciones. De aquí proviene este ocio por el cual el genio apartado del peso de las primeras necesidades sale de la estrecha esfera donde le retienen y dirige todas sus fuerzas al cultivo de las artes. De aquí proviene esta marcha más rigurosa y rápida del espíritu humano, que mueve todas las partes de la sociedad y que recibe de su perfección una nueva vivacidad. Las pasiones se desarrollaron con el genio. La ambición hizo acopio de fuerzas. La política le prestó miras siempre más amplias. Las victorias tuvieron consecuencias más duraderas y formaron imperios donde

las leyes, las costumbres, el gobierno influyeron diferentemente sobre el genio de los hombres —diviniendo una especie de educación general para las naciones— y establecieron entre pueblo y pueblo la misma diferencia que la educación establece entre hombre y hombre.

Reunidos, divididos, elevados los unos sobre las ruinas de los otros, los imperios se suceden con rapidez. Sus revoluciones hacen que todos los Estados posibles se sucedan los unos a los otros, acercando y separando todos los elementos de los cuerpos políticos. Hay como un flujo y un reflujo del poder de una nación sobre la otra y —dentro de la misma nación— entre los príncipes y la multitud y entre la multitud y los príncipes. En estas oscilaciones, todo se va acercando poco a poco al equilibrio y toma a la larga una situación más fija y tranquila. La ambición, formando los grandes Estados a partir de los trozos de gran número de pequeños, pone ella misma límites a sus destrucciones. La guerra ya sólo destruye la frontera de los imperios. Las ciudades y los campos comienzan a respirar en el seno de la paz. Los lazos de la sociedad unen a un mayor número de hombres. La comunicación de las luces se vuelve más rápida y más extensa, y las artes, las ciencias, las costumbres avanzan con paso más rápido en sus progresos. Así como las tempestades, que han agitado las olas del mar, desaparecen los inseparables males de las revoluciones. El bien queda y la humanidad se perfecciona. En medio de esta combinación variada de los acontecimientos —tan pronto favorables, tan pronto adversos—, cuya contrapuesta acción debe a la larga anularse mutuamente, el genio, que la naturaleza —distribuyéndolo a algunos hombres— sin embargo ha repartido sobre la masa total en distancias aproximadamente

iguales, actúa sin cesar y sus efectos se vuelven con el tiempo sensibles.

Su marcha, en principio lenta, ignorada, sepultada en el olvido general donde el tiempo precipita a las cosas humanas, sale con ellas de la oscuridad por la invención de la *escritura*. ¡Preciosa invención! ¡Parece dar alas a los pueblos que primero la poseen para avanzar a las otras naciones! ¡Invención inestimable que arranca al poder de la muerte la memoria de los grandes hombres y los ejemplos de la virtud, une los lugares y los tiempos, fija el pensamiento fugitivo y le asegura una existencia duradera. Por la escritura las producciones, los puntos de vista, las experiencias, los descubrimientos acumulados de todas las edades sirven de base y de escalón a la posteridad para elevarse siempre más arriba!

No obstante, ¡qué espectáculo presenta la sucesión de las opiniones de los hombres! Busco en ella los progresos del espíritu humano y no encuentro otra cosa que la historia de sus errores. ¿Por qué su marcha, tan segura desde el principio en el estudio de las matemáticas, es tan vacilante en todo lo restante, tan sujeta a extravíos? Intentemos descubrir las razones. El espíritu en las matemáticas deduce las unas de las otras en una cadena de verdades, cuya verdad no consiste sino en su mutua dependencia. No sucede lo mismo en las otras ciencias, donde no es de la comparación con las ideas entre sí de donde nace la verdad, sino de su conformidad con una serie de hechos reales. Para descubrir y constatar la verdad, no se trata pues de establecer un pequeño número de principios simples en los que el espíritu no haga sino dejarse enseñar por el hilo de las consecuencias. Hay que partir de la naturaleza tal y como es y de esta infinita diversidad de efectos a los que han concurrido tantas causas neutralizan-

tes las unas por las otras. Las nociones ya no son agrupaciones de ideas que el espíritu forma a su gusto y cuya extensión conoce precisamente<sup>4</sup>. Las ideas nacen y se agrupan en nuestra alma casi sin saberlo. Las imágenes de los objetos nos asaltan desde la cuna. Poco a poco aprendemos a distinguir las, menos en relación con lo que son en sí mismas, como en relación con nuestros usos y con nuestras necesidades. Los signos del lenguaje se imprimen en el espíritu todavía débil; primero se enlazan por medio del hábito y de la imitación a objetos particulares, después llegan a evocar nociones más generales. Este caos de ideas, de expresiones, se acrecienta y se confunde sin cesar, y el hombre, cuando comienza a buscar la verdad, se encuentra en medio de un laberinto donde entra con los ojos vendados. ¿Puede alguien extrañarse de sus errores?

Espectador del universo, sus sentidos, aun mostrándole los efectos, le dejan ignorante de las causas. Y buscar por el examen de los efectos su desconocida causa es como adivinar un enigma: imaginar una o más palabras y ensayarlas sucesivamente hasta encontrar una que cumpla todas las condiciones. El físico formula hipótesis y las sigue en sus consecuencias. Las compara con el enigma de la naturaleza. Las ensaya —por decirlo así— sobre los hechos, como quien verifica un sello al aplicarlo sobre su señal. Las suposiciones imaginadas a partir de un pequeño número de hechos mal conocidos ceden a suposiciones menos absurdas sin ser más verdaderas. El tiempo, las investigaciones, los azares acumulan observaciones, desvelan los escondidos vínculos que unen varios fenómenos.

<sup>4</sup> Turgot parte de una teoría del conocimiento claramente empirista y que ha recibido de Locke.

Siempre inquieta, incapaz de encontrar el reposo en otra parte que en la verdad, siempre excitada por la imagen de esta verdad que ella cree tocar y que huye ante ella, la curiosidad de los hombres multiplica las preguntas y las disputas, obligándoles a analizar de una manera siempre más exacta y profunda las ideas y los hechos. Las verdades matemáticas, cada vez más numerosas y fecundas, enseñan a desarrollar hipótesis más extensas y precisas. Indican nuevas experiencias que, a su vez, les dan nuevos problemas por resolver. Así la necesidad perfecciona el instrumento. Así las matemáticas se apoyan en la física, a la que ceden su guía. Así está todo enlazado, así —a pesar de la diversidad de su marcha— todas las ciencias se dan las unas a las otras una ayuda mutua. Así, a fuerza de tantear, de multiplicar los sistemas, de agotar —por decirlo así— los errores, se llega finalmente al conocimiento de un gran número de verdades.

¡Cuántas opiniones extravagantes han marcado nuestros primeros pasos! ¡Cuánta absurdidad en las causas que nuestros padres han imaginado para dar razón de lo que veían! ¡Qué tristes monumentos de la debilidad del espíritu humano! Los sentidos son la única fuente de estas ideas. Todo el poder de la imaginación se limita a combinar las ideas que ha recibido de ellos. A duras penas puede formar uniones cuyo modelo no le haya sido dado por los sentidos. De aquí proviene la inclinación casi invencible a juzgar lo que se ignora por lo que se conoce. De aquí, estas falsas analogías a las que se abandonaba tan inconsiderablemente la tosquedad de los primeros hombres. De aquí, los extravíos monstruosos de la idolatría. Los hombres en el olvido de las primeras tradiciones, asombrados por los fenómenos sensibles, supusieron que todos los efectos indepen-

dientes de su acción eran producidos por seres parecidos a ellos mismos —si bien invisibles y más poderosos—, que sustituyeron a la divinidad<sup>5</sup>. Contemplando la naturaleza, aplicando de alguna manera sus miradas sobre la superficie de un profundo mar, en lugar del fondo oculto de las aguas, no vieron sino su imagen. Todos los objetos de la naturaleza tuvieron sus dioses que, formados por el modelo de los hombres, imitaron sus atributos y vicios. La superstición consagró por todo el universo los caprichos de la imaginación. El único Dios verdadero, el único digno de ser adorado, no fue considerado sino en un rincón de la tierra, por el pueblo que había sido expresamente elegido.

En esta progresión lenta de opiniones y de errores que se persiguen los unos a los otros, creo ver a las primeras briznas (estos envoltorios que la naturaleza ha dado al naciente brote de las plantas) salir de la tierra, marchitándose sucesivamente ante el nacimiento de otras envolturas, hasta que al fin aparece aquel brote y se corona de flores y frutos: ¡imagen de la tardía verdad!

Desgraciadas pues las naciones donde, por un celo ciego, se encierra —queriéndolas fijar<sup>6</sup>— a las ciencias en el seno de los conocimientos actuales.

<sup>5</sup> Podemos ver aquí, siguiendo a Bury, un antecedente del «estado teológico», el primero de la llamada doctrina de «los tres estadios», que fue formulada por Comte en el *Discurso sobre el espíritu positivo*.

<sup>6</sup> Turgot reitera aquí su oposición a todos los intentos de fijar para siempre el momento histórico presente y de evitar todo progreso o reforma posterior. En el primer discurso hemos visto cómo critica el intento de fosilización política; aquí censurada sobre todo la oposición a toda ilustración futura de la humanidad —como dirá Kant en *Respuesta a la pregunta: ¿qué es ilustración?*—. Una vez más Turgot se muestra como un típico ilustrado reformista moderado.

Por esta causa las regiones que han sido las primeras en ilustrarse no son aquellas donde las ciencias han hecho un mayor progreso. El respeto para la naciente filosofía, que la aparición de la novedad imprime en los hombres, tiende a perpetuar las primeras opiniones. El espíritu de secta se le une, y este espíritu es natural a los primeros filósofos, puesto que el orgullo se nutre de la ignorancia. Quien menos sabe, menos duda; cuanto menos se ha descubierto, menos se ve lo que queda por descubrir. En Egipto, y mucho tiempo después en los indios, la superstición hacía de los dogmas de la filosofía antigua el patrimonio de las familias sacerdotales que, al consagrarlos, los encadenaban e incorporaban a los dogmas de una falsa religión. En la gran Asia, el despotismo político era efecto del establecimiento de grandes imperios en los siglos bárbaros. El despotismo civil nace de la esclavitud y de la poligamia —que es su consecuencia—, de la molición de los príncipes y de la postración de los súbditos. En China el cuidado mismo que tomaron los emperadores en reglar los estudios y en mezclar las ciencias con la constitución política del Estado las retiene por siempre en la mediocridad. Estos brotes, desde su origen demasiado fecundos en ramajes, cesaron bien pronto de crecer.

El tiempo pasaba y se formaron nuevos pueblos. En la desigualdad de los progresos de las naciones, los pueblos civilizados rodeados de bárbaros —tan pronto conquistadores, tan pronto conquistados— se mezclaban entre sí. Sea que los últimos recibiesen de los primeros sus artes y sus leyes con la esclavitud, sea que los vencedores cediesen al imperio natural de la razón y de la civilización sobre la fuerza, los límites de la barbarie retrocedían siempre.

Los fenicios —habitantes de una árida costa— se convirtieron en los ministros de los intercambios entre los pueblos. Sus barcos, repartidos por todo el Mediterráneo, comenzaron a descubrir las naciones unas a otras.

La astronomía, la navegación, la geografía se perfeccionaron las unas por las otras. Las costas de Grecia y de Asia Menor se llenaron de colonias fenicias. Las colonias son como los frutos que no dejan el árbol hasta su madurez. Una vez suficientes a sí mismas, hicieron lo que hizo Cartago, lo que hará un día América<sup>7</sup>.

De la mezcla de estas colonias, independientes entre sí, con los antiguos pueblos de Grecia y con los restos de todos los enjambres de bárbaros que los habían atacado sucesivamente, se formó la nación griega. O, aún mejor, se formó este pueblo de naciones compuesto por una multitud de pequeños pueblos que una pareja debilidad y la naturaleza del país —cortada por montañas y por el mar— impedían expandirse los unos a expensas de los otros. Por otra parte, sus acciones, sus intereses públicos y privados, sus guerras civiles y nacionales, sus migraciones, los deberes recíprocos de colonias y metrópolis, una lengua, las costumbres, una religión común, el comercio, los juegos públicos, el tribunal de las Anficionías mezclaban, dividían, reunían de mil maneras. En estas revoluciones, por estas mez-

<sup>7</sup> Ya en su momento esta afirmación profética llamó la atención del público, como relata el padre de Turgot en una carta a uno de sus hermanos. Es interesante subrayar que Turgot ya había manifestado esta opinión en 1748 en sus manuscritos sobre *Recherches sur les causes des progrès et de la décadence des sciences et des arts ou réflexions sur l'histoire des progrès de l'esprit humain*.

clas multiplicadas, se formó esta rica lengua, expresiva, sonora; la lengua de todas las artes<sup>8</sup>.

La poesía, que no es sino el arte de tomar como medio el lenguaje y cuya perfección depende tanto del genio de las lenguas que emplea, se revistió en Grecia de una magnificencia que todavía no había conocido. No se trataba —como entre los primeros hombres— de una serie de palabras bárbaras puestas al servicio de un canto rústico y los pasos de una danza tan grosera como la alegría tumultuosa que expresaba. Estaba adornada de una armonía que sólo estaba en ella. El oído, siempre más difícil de contentar, había conducido a las reglas más severas. Y, si el yugo había llegado a ser más pesado, las expresiones, los giros nuevos, los atrevimientos felices daban multiplicados proporcionalmente mayor fuerza para soportarlo.

El gusto había acabado por proscribir estas apiñadas figuras, estas metáforas gigantescas, que se reprochan a la poesía de los orientales.

En las regiones de Asia donde las sociedades fueron llevadas demasiado pronto a un estado fijo, donde hubo escribas demasiado pronto, las lenguas fueron fijadas muy cerca de los primeros orígenes y, por tanto, el énfasis en el estilo se convierte en su carácter, ya que es una consecuencia de la primera imperfección del lenguaje. Las lenguas son la medida de las ideas de los hombres. Por consiguiente, en los primeros tiempos no tenían nombres más que

<sup>8</sup> Turgot estuvo siempre muy interesado por la cuestión del origen de las lenguas. En su lista de obras pendientes de escribir se encuentra *Considérations sur l'origine des langues*; se conservan sus notas sobre este tema a partir de la lectura de las *Réflexions philosophiques* de Maupertuis, y hay además su artículo sobre la «Étymologie» en la *Encyclopédie française*.

para los objetos más familiares a los sentidos. Para expresar estas primeras ideas era necesario utilizar metáforas. Una palabra que se inventa no significa nada, es necesario que se relacionen los signos de las ideas más próximas. Intentar guiar el espíritu en la dirección que se le quiere dar. La imaginación se acostumbra a coger el hilo de una cierta analogía que liga nuestras sensaciones y sus diferentes objetos. Una analogía imperfecta o lejana hace nacer estas metáforas groseras y fáciles que la necesidad, más ingeniosa que delicada, emplea y que el gusto desapruera. De ellas están llenas las primeras lenguas y los filólogos aperciben aún los vestigios incluso en las más cultivadas.

Las lenguas, necesariamente manejadas por todos los hombres y a veces por hombres de genio, se perfeccionan siempre con el tiempo, cuando no han sido fijadas por escritos que se convierten en una regla permanente para juzgar su pureza. El uso habitual de la palabra conduce sin cesar a nuevas combinaciones de ideas. Permite destacar entre ellas nuevas relaciones, nuevos enlaces y hace sentir la necesidad de nuevas expresiones. Además, por las migraciones de los pueblos, las lenguas se mezclan como los ríos y se enriquecen con el concurso de varios lenguajes.

Así, la lengua griega, formada a partir de la mezcla de un gran número de lenguas, fijada más tardíamente que las de Asia, reunió la armonía, la abundancia y la variedad. Homero terminó de hacerla triunfar, volcó en ella los tesoros de su genio y la elevó al punto más alto por su poesía, el encanto de sus expresiones, la pompa de sus imágenes.

A continuación, la libertad, que, por una revolución natural en los pequeños Estados, vino a establecerse en todas las ciudades sobre las ruinas del

gobierno de uno solo, dio al genio de los griegos un nuevo desarrollo. Las diferentes formas de administración, donde las pasiones opuestas de los poderosos y del pueblo las precipitaban de tanto en tanto, enseñaban a los legisladores a comparar, a sopesar todos los elementos de las sociedades, a encontrar el justo equilibrio entre sus fuerzas. Al mismo tiempo, las querellas y los intereses combinados de tantas vecinas repúblicas ambiciosas, débiles y celosas enseñaban a los Estados a temerse, a observarse sin cesar, a equilibrar los éxitos con alianzas, perfeccionando a la vez la política y la guerra.

No fue sino después de varios siglos cuando se vieron aparecer filósofos en Grecia o, mejor dicho, fue sólo entonces cuando el estudio de la filosofía permitió la diferenciación de algunos espíritus y pareció suficientemente vasta como para ocuparlos por entero. Hasta entonces los poetas habían sido a la vez los únicos filósofos y los únicos historiadores. Cuando los hombres son ignorantes, es fácil saberlo todo. Pero las ideas no estaban iluminadas del todo y los hechos no eran tan numerosos. El tiempo de la verdad todavía no había llegado. Los sistemas de los filósofos griegos no podían ser más que ingeniosos. Su metafísica vacilante sobre las más importantes verdades, con frecuencia supersticiosa o impía, no era más que una suma de fábulas poéticas o un tejido de palabras ininteligibles. Su misma física no era sino una frívola metafísica.

La moral, aunque todavía imperfecta, se resentía menos de la infancia de la razón. Las renacidas necesidades llamaban sin cesar al hombre a la sociedad y le forzaban a plegarse a sus leyes: este instinto —este sentimiento del bien y de la honestidad que la providencia ha grabado en todos los corazones, que aventaja a la razón y que a menudo la arrastra



a su pesar— conduce a los filósofos de todos los tiempos a los mismos principios fundamentales de la ciencia de las costumbres. Sócrates guió a sus conciudadanos por el camino de la virtud, Platón lo sembró de flores, el encanto de la elocuencia embelleció sus errores mismos. Aristóteles, el espíritu más amplio, el más profundo, el más auténticamente filosófico, de toda la antigüedad, fue el primero en llevar la antorcha de un análisis exacto a la filosofía y las artes. Desvelando los principios de la certeza y los resortes del sentimiento, sometió bajo reglas constantes la marcha de la razón y la fogosidad del genio.

¡Siglos felices, cuando todas las artes difundían en todas direcciones su luz! Cuando el fuego de una noble emulación se comunicaba con rapidez de una ciudad a otra. La pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía, la historia se elevaban a la vez y en todas partes, igual como se ve a lo largo de un bosque mil árboles diferentes nacer, crecer y cubrirse juntos de ramas.

Atenas, gobernada por los decretos de una multitud cuyas olas tumultuosas calmaban o soliviantaban a su gusto los oradores. Atenas, donde Pericles había enseñado a los jefes a comprar el Estado a expensas del Estado mismo, a disipar sus tesoros para dispensarse de dar cuentas. Atenas, donde el arte de gobernar al pueblo era el arte de divertirlo, el arte de cebar sus oídos, sus ojos, su curiosidad siempre ávida de novedades, de fiestas, de placeres, de renacidos espectáculos. Atenas debió a los mismos vicios de su gobierno, que la hicieron sucumbir bajo Lacedemonia, esta elocuencia, este gusto, esta magnificencia, esta explosión de todas las artes que la han convertido en modelo de las naciones.

Mientras que los atenienses, los espartanos, los

tebanos, se arrancaban sucesivamente la superioridad sobre las otras ciudades, el poder macedónico—ignorado—, tal como un río que sobrepasa sus orillas, se extiende lentamente por Grecia bajo Filipo e inunda con impetuosidad Asia bajo Alejandro. Este conjunto de regiones y de Estados donde las conquistas de los asirios, de los medos, de los persas—habiéndose devorado sucesivamente los unos a los otros— habían formado este gran cuerpo que, obra de tantos conquistadores y de tantos siglos, se divide con fracaso a la muerte del vencedor de Darío. Las guerras entre sus generales establecen nuevos reinos. Siria y Egipto se convierten en una parte de Grecia y reciben la lengua, las costumbres y las ciencias de sus conquistadores.

El comercio y las artes convierten Alejandría en la rival de Atenas. La astronomía y las ciencias matemáticas son llevadas más alto, como no lo habían estado nunca hasta entonces. Sobre todo, se ve brillar una erudición que hasta este momento habían conocido tan poco los griegos. Este estudio que se ejercía menos sobre las cosas que sobre los libros, que consistía menos en producir—en descubrir— que en reunir, en comparar, en juzgar, lo que se ha producido, lo que se ha descubierto. No se va más adelante, pero se vuelven los ojos hacia atrás para observar el camino que se ha hecho. Los estudios que piden mayor genio no son siempre los que suponen mayor progreso en la masa de los hombres. Hay espíritus a quienes la naturaleza ha dado una memoria capaz de recoger una multitud de conocimientos, una razón exacta capaz de compararlos y de darles esta adecuación que los manifiesta en toda su luz, pero a quienes, al mismo tiempo, ha rehusado el ardor del genio que inventa y que abre rutas nuevas. Hechos para reunir descubrimientos anti-

guos bajo un punto de vista, para iluminarlos e igualmente para perfeccionarlos; si no son como antorchas que brillan por sí mismas, son diamantes que reflejan con brillo una luz prestada, pero que una oscuridad total confundía con las piedras más vulgares.

El universo conocido, si me atrevo a hablar así, el universo comerciante, el universo político, se había engrandecido por las conquistas de Alejandro. Las dimensiones de sus sucesores comenzaban a presentar un espectáculo más vasto. En estos choques y oscilaciones de las grandes potencias, las pequeñas ciudades de Grecia, situadas en medio de ellas y a menudo el teatro de sus combates en presa a las destrucciones de todos los partidos, no sentían más que su debilidad. La elocuencia no fue más el resorte de la política; envilecida desde entonces en la oscuridad de las escuelas para declamaciones pueriles, pierde su brillo junto con su poder.

Con todo, después de varios siglos como un mundo aparte —en Italia—, Roma marchaba por una serie continuada de triunfos hacia la conquista del universo. Victoriosa de Cartago, apareció de repente en medio de las naciones. Los pueblos temblaron y fueron sometidos. Los romanos conquistadores de Grecia conocieron un nuevo imperio, el del espíritu y del saber. Su rudeza austera se amansó. Atenas encontró discípulos en sus vencedores y, muy pronto, emuladores. Cicerón desplegó, en el Capitolio y sobre la tribuna de las arengas, una elocuencia sacada de las lecciones de los griegos y de la que sus esclavizados maestros no conocían más que las reglas. La lengua latina suavizada, enriquecida, civilizó África, España y las Galias. Los límites del universo ilustrado se confundían con los del poder romano, y dos lenguas rivales —el griego y el latín— se lo repartían.

Las leyes de Roma —hechas para gobernar una ciudad— sucumbieron bajo el peso del mundo entero. La libertad romana se apagó entre oleadas de sangre. Solamente Octavio recogió en definitiva el fruto de las discordias civiles. Usurpador cruel, príncipe moderado, dio a la tierra días tranquilos. Su esclarecida protección animó todas las artes. Italia tuvo un Homero menos fecundo que el primero, pero más sabio, más uniforme, tan armonioso y, quizá, más perfecto. Lo sublime, la razón y las gracias se unieron para formar Horacio. El gusto se perfeccionó en todos los géneros.

El conocimiento de la naturaleza y de la verdad es tan infinito como éstas. Las artes cuyo objeto es agradarnos son tan limitadas como nosotros. El tiempo hacía aparecer sin cesar nuevos descubrimientos en las ciencias. Pero la poesía, la pintura, la música tuvieron un punto fijo que el genio de las lenguas, la sensibilidad limitada de nuestros órganos determinan y alcanzan a paso lento sin poderlo superar. Los grandes hombres del siglo de Augusto llegaron a este punto y todavía son nuestros modelos.

Después de este tiempo y hasta la caída del imperio, no veo más que una decadencia general donde todo se precipita. ¿Los hombres no se elevan más que para caer? Mil causas se reúnen para depravar más y más el gusto: la tiranía que rebaja los espíritus por debajo de todo lo que es grande; el lujo ciego que, nacido de la vanidad y juzgando menos las obras del arte como objetos del gusto que como signos de opulencia, es tan contrario a su perfección como le es favorable un esclarecido amor a la magnificencia; el afán por las cosas nuevas entre aquellos que, no teniendo genio para inventarlas, tienen con demasiada frecuencia espíritu para estro-

pear las antiguas; la imitación de los vicios de los grandes hombres y la misma imitación inconveniente de sus bellezas. Los escritores se multiplicaban en las provincias y corrompían la lengua. No sé qué restos de la antigua filosofía griega, mezclados con las supersticiones orientales, confundidos con una multitud de vanas alegorías, con el prestigio de la magia, se apoderan de los espíritus y ahogan la física sana, que comenzaba a nacer en los escritos de Séneca y de Plinio el Viejo.

Pronto el imperio, abandonado a los caprichos de una milicia insolente, se convierte en la presa de multitud de tiranos, quienes —arrancándose los unos a los otros— pasean por las provincias la desolación y la destrucción. La disciplina militar desaparece, los bárbaros del norte penetran por todas partes, los pueblos se precipitan sobre los pueblos. Las ciudades desertizadas y los campos se dejan sin cultivar. El Imperio de Occidente, debilitado por el traslado de todas las fuerzas a Constantinopla, se arruina completamente por tantas destrucciones redobladas. Finalmente se hunde de golpe y deja a los burgundios, los godos, los francos disputarse sus vastos restos y fundar reinos en las diferentes regiones de Europa.

Sería en este santuario —que yo pasaría en silencio— donde, mientras que el imperio marchaba a su ruina, se estaba expandiendo sobre el universo una nueva luz —luz mil veces más preciosa que las de las letras y de la filosofía—. Religión Santa, ¿podría olvidarte? ¿Podría olvidar las costumbres perfeccionadas, las tinieblas de la idolatría finalmente disipadas, los hombres ilustrados sobre la divinidad? En la ruina casi total de las letras, sólo la religión formaba aún escritores, animados por el deseo de instruir a los fieles o de responder a los ataques

de los enemigos de la fe <sup>9</sup>. Cuando Europa fue presa de los bárbaros, sólo tú amansaste su ferocidad. Sólo tú has perpetuado la inteligencia abolida de la lengua latina. Sólo tú nos has transmitido a través de los siglos el espíritu (si me atrevo a hablar así) de tantos grandes hombres confiado en esta lengua. Y aun la conservación del tesoro de los conocimientos humanos en peligro de perderse es uno de tus beneficios.

Pero la herida del género humano era demasiado profunda. Hacían falta siglos para curarla. Si Roma hubiera sido conquistada por un solo pueblo, el jefe se habría convertido en romano y su nación habría sido absorbida en el imperio con su lengua. Se habría visto lo que la historia del mundo presente más de una vez muestra: el espectáculo de un pueblo civilizado que, invadido por bárbaros, les comunica sus costumbres, su lenguaje, sus conocimientos y les fuerza a ser con él un único pueblo. Cicerón, Virgilio habrían sostenido la lengua latina, como Homero, Platón, Demóstenes habían defendido la suya contra el poder romano. Pero demasiados pueblos, demasiadas destrucciones se sucedieron. Demasiadas capas de barbarie se añadieron unas sobre otras antes de que las primeras tuvieran tiempo de desaparecer y ceder ante la fuerza de la ciencia humana. Los conquistadores, demasiado numerosos, demasiado librados únicamente a la guerra, estuvieron durante varios siglos hartos ocupados en sus disensiones. El genio de los romanos se apagó y su lengua se perdió, confundida con las lenguas germánicas.

Es una consecuencia de la mezcla de dos lenguas

<sup>9</sup> Turgot vuelve a insistir aquí —como en el primer discurso— sobre su tesis de vincular ilustración y religión cristiana.

el que se forme una nueva diferente de ambas. Pero es necesario bastante tiempo antes que se puedan confundir de una manera suficientemente íntima. La memoria, oscilando entre las dos, se determina por azar entre las expresiones de una y de otra. La analogía —es decir, el arte de formar las conjugaciones, las declinaciones, de expresar las relaciones de los objetos, de disponer las expresiones en el discurso— no tiene reglas fijas. Las ideas se enlazan de una manera confusa, ya que a mayor armonía hay mayor claridad en el lenguaje. Verted dos licores en un mismo vaso, los veréis enturbiarse, oscurecerse y no recuperar la transparencia, que tenían por separado, hasta que el tiempo ha convertido esta mezcla en más íntima y más homogénea. Así, hasta que una larga serie de siglos hubo acabado de dar al nuevo lenguaje su color propio y uniforme, la poesía, la elocuencia, el gusto desaparecieron casi enteramente. Así nacieron nuevas lenguas en Europa y, en el caos de su primera formación, la ignorancia y la torpeza dominaron en todas partes.

¡Deplorable imperio de los Césares, fue necesario que nuevas desgracias persiguieran aún los restos escapados a tu naufragio! ¡Fue necesario que la barbarie destruyera a la vez todos los asilos del arte! ¡Y también para ti, Grecia, se han eclipsado tus honores! ¡El norte, en definitiva, parece exhausto, y nuevos vientos se formaron en el mediodía contra las únicas provincias que no gemían aún contra un yugo extranjero!

El estandarte de un falso profeta reunió los pastores errantes en los desiertos de Arabia. En menos de un siglo, Siria, Persia, Egipto, África se cubren por este torrente fogoso que abraza en sus destrucciones desde las fronteras de la India hasta el océano Atlántico y los Pirineos. El imperio griego, en-

rrado en sus estrechos límites, devastado en el sur por los sarracenos y más tarde por los turcos, en el norte por los búlgaros, desolado en su interior por las facciones y por la inestabilidad de su trono, cae en un estado de debilidad y de languidez. Y la cultura de las letras y de las artes cesa de ocupar a los hombres envilecidos en una cobarde indolencia.

En vano Carlomagno en Occidente quiere reanimar ciertos rescoldos de un fuego sepultado bajo las cenizas. Su brillo es tan pasajero como débil. Muy pronto las discordias de sus nietos turban su imperio. El norte hace todavía salir de su seno nuevos destructores: los normandos, los húngaros. Ellos cubren aún Europa de nuevas ruinas y de nuevas tinieblas. En la debilidad general, una nueva forma de gobierno termina por arruinarlo todo. El poder real aniquilado deja su sitio a esta serie de pequeñas soberanías subordinadas unas a otras. Entre ellas, las leyes de los feudos mantienen no se qué falsa imagen de orden en el seno mismo de la anarquía que perpetúan.

Los reyes sin voluntad, los nobles sin freno, los pueblos esclavos, los campos cubiertos de fortalezas y destruidos sin cesar, la guerra inflamada entre una ciudad y otra, un pueblecito y otro, penetrando —si me atrevo a hablar de esta manera— toda la masa de reinos<sup>10</sup>. Todo comercio, toda comunicación están interrumpidos. Las ciudades están habitadas por artesanos pobres y sin ocio. Las únicas riquezas, el ocio único, de que pueden gozar aún los hombres, están perdidos entre la ociosidad de una nobleza re-

<sup>10</sup> Como buen ilustrado, Turgot no tiene sino palabras duras para el régimen feudal y, aunque matizadamente —como hemos dicho en el estudio preliminar—, participa de la visión tópica de la Edad Media como una época oscura y de decadencia.

partida aquí y allá en sus castillos y que no sabe sino librarse a combates inútiles a la patria. La ignorancia más grosera está extendida sobre todas las naciones, sobre todas las profesiones. ¡Qué cuadro tan deplorable y qué fiel a lo que fue Europa a lo largo de varios siglos!

Con todo, del seno de la barbarie resurgieron perfeccionadas un día las ciencias y las artes. En medio de la ignorancia, un progreso insensible preparó los brillantes éxitos de los últimos siglos. Bajo esta tierra, se desarrollaron ya las débiles raíces de una lejana cosecha. Las ciudades de todos los pueblos civilizados son por su naturaleza el centro del comercio y de las fuerzas de la sociedad. Ellas subsistieron y, si el espíritu del gobierno feudal —nacido de las antiguas costumbres en Germania—, combinado con algunas circunstancias accidentales, las había debilitado, era en la constitución de los Estados una contradicción que había de borrarse a la larga. Veo bien pronto las ciudades levantarse bajo la protección de los príncipes. Éstos, tendiendo la mano a los pueblos oprimidos, disminuyen el poder de sus vasallos y restablecen poco a poco el suyo.

Se estudiaba ya el latín y la teología en las universidades junto con la dialéctica de Aristóteles. Desde hacía mucho tiempo, los árabes musulmanes se habían instruido en la filosofía de los griegos, y sus luces se expandían en Occidente. Las matemáticas se habían ampliado con sus trabajos. Más independientes que las otras ciencias de la perfección del gusto y quizás de la precisión del espíritu, no se las puede estudiar sin llegar a la verdad. Siempre ciertas, siempre puras, las verdades nacían rodeadas de los errores de la astrología judiciaria. Las esperanzas quiméricas de una gran obra, animando a los filósofos árabes a separar, a relacionar todos los ele-

mentos de los cuerpos, habían hecho aparecer bajo sus manos la ciencia inmensa de la química. La habían difundido por todas partes donde los hombres pueden estar errados por sus ávidos deseos. En fin, por todas partes, las artes mecánicas se perfeccionaban por el simple paso del tiempo, puesto que —en la misma caída de las ciencias y el gusto— las necesidades de la vida las conservan y porque —desde entonces—, en esta multitud de artesanos que las cultivan sucesivamente, es imposible que no se encuentre alguno de estos hombres de genio que están mezclados con el resto de los hombres —como el oro con la ganga de la mina—.

¡Qué cantidad de ignoradas invenciones de los antiguos y debidas a estos siglos bárbaros provienen de todo lo dicho! Nuestro arte de anotar la música, las letras de cambio, nuestro papel, el cristal, los grandes espejos, los molinos de viento, los relojes, las lentes, la pólvora de cañón, la aguja imantada, la perfección de la marina y del comercio. Las artes no son más que el uso de la naturaleza, y la práctica de las artes es una serie de experiencias físicas que la desvelan cada vez más. Los hechos se amontonan en la sombra del tiempo de la ignorancia, y las ciencias, cuyo progreso —por estar escondido— no era menos real, habían de reaparecer un buen día acrecentadas por nuevas riquezas. Sucede como estos ríos que, después de haberse ocultado a nuestra vista en un canal subterráneo, se muestran más lejos, engrandecidos por todas las aguas filtradas a través de las tierras.

Diferentes series de acontecimientos nacieron en las distintas regiones del mundo, y todas, como por rutas separadas, concurren por último al mismo fin: levantar las ruinas del espíritu humano. Así, durante la noche se ven las estrellas levantarse sucesiva-

mente. Se adelantan cada una sobre su círculo. Parecen en su común revolución mover consigo toda la esfera celeste y llevarnos al día siguiente. Alemania, Dinamarca, Suecia, Polonia dejan de ser bosques incultos por los cuidados de Carlomagno y de los Otones, y Rusia por el comercio con el imperio griego. El cristianismo, reuniendo estos dispersos salvajes y estableciéndolos en ciudades, cortó para siempre estas inundaciones humanas tantas veces funestas a las ciencias. Europa es aún bárbara, pero sus conocimientos llevados hasta los pueblos todavía más bárbaros son para ellos un progreso inmenso. Poco a poco desaparecieron las costumbres llevadas desde Germania hasta el sur de Europa. A partir de las luchas entre los nobles y los príncipes las naciones comenzaron a formar los principios de un gobierno más estable y a adquirir, por la variedad de las circunstancias donde se encontraban, el carácter peculiar que las distingue. Las guerras en Palestina contra los musulmanes, dando a todos los Estados de la cristiandad un interés común, les enseñaron a conocerse, a unirse, lanzando las simientes de esta política moderna por la cual las naciones parecen no componer sino una vasta república. Ya se ve renacer la autoridad real en Francia. El poder del pueblo se establece en Inglaterra. Las ciudades de Italia se constituyen en repúblicas y presentan la imagen de la antigua Grecia. Las pequeñas monarquías de España atacan a los moros frente a ellas y se juntan poco a poco en una sola. Pronto los mares, que hasta ese momento separaban las naciones, se convierten en su enlace por la invención de la brújula. Los portugueses —en Oriente— y los españoles —en Occidente— descubren nuevos mundos: el universo es finalmente conocido.

Ya la mezcla de las lenguas bárbaras con el latín

ha producido en la serie de los siglos nuevas lenguas. Mientras que el italiano —menos alejado de su fuente común y menos mezclado con las lenguas extranjeras— se eleva el primero a la elegancia del estilo y a las bellezas de la poesía, los otomanos —expandidos por Asia y Europa con la rapidez de un viento impetuoso— terminan de abatir el imperio de Constantinopla y dispersan en Occidente las débiles chispas de las ciencias que Grecia aún conservaba.

¿Qué arte nace de repente como para hacer volar en todas las direcciones los escritos y la gloria de los grandes hombres que van a aparecer? ¿Cuán lentos son los menores progresos de cualquier género! Después de dos mil años en que las medallas presentaban a todos los ojos los caracteres impresos sobre el bronce, después de tantos siglos, un individuo desconocido concibe que se puede imprimir sobre el papel. Muy pronto los tesoros de la antigüedad arrancados al polvo llegan a todas las manos, llegan a todos los sitios, llevan la luz a los talentos que se perdían en la ignorancia, van a buscar el genio al fondo mismo de sus retiros.

¡Ha llegado la hora! ¡Europa, sal de la noche que te cubría! ¡Nombres inmortales de los Médicis, de León X, de Francisco I, sed consagrados para siempre! ¡Que los benefactores de las artes compartan la gloria con los que las cultivan! ¡Te saludo, Italia! Tierra feliz, por segunda vez patria de las letras y del gusto, la fuente de donde sus aguas se han extendido para fertilizar nuestras regiones. Nuestra Francia aún no contempla más que de lejos tus progresos. Su lengua todavía infectada de un resto de barbarie no puede seguirlos. Muy pronto funestas discordias rompieron Europa entera. Hombres audaces han conmovido los fundamentos de la

fe y de los imperios. Los brotes floridos de las bellas artes ¿crecen regados de sangre? Vendrá un día —que no está lejano— en que ellas embellecerán todas las regiones de Europa.

Tiempo, ¡despliega tus rápidas alas! Siglo de Luis, siglo de los grandes hombres, siglo de la razón, ¡apresúrate! Ya en los trastornos de la herejía, ha terminado de situarse la fortuna de los Estados —largo tiempo agitada— como por una última sacudida. Ya el estudio obstinado de la antigüedad ha devuelto a los espíritus al punto donde ésta se había parado. Ya esta multitud de hechos, de experiencias, de instrumentos, de maniobras ingeniosas, que la práctica de las artes acumulaba después de tantos siglos, son sacados de la oscuridad por la imprenta. Ya la producción de dos mundos, unidos bajo los ojos por un comercio inmenso, se ha convertido en el fundamento de una física desconocida hasta ahora y liberada finalmente de especulaciones extrañas. Ya de todas partes los ojos atentos se fijan sobre la naturaleza. Los menores azares, aprovechados, originan descubrimientos. El hijo de un artesano en Zelanda, jugando, une en un tubo dos lentes convexas. Los límites de nuestros sentidos se retiran y, en Italia, los ojos de Galileo han descubierto un nuevo cielo. Ya Kepler, buscando en los astros los números de Pitágoras, ha encontrado estas dos famosas leyes del curso de los planetas que un día se convertirán, en manos de Newton, en la llave del universo. Ya Bacon ha trazado a la posteridad la ruta que debe seguir.

¿Qué mortal osa negar las luces de todas las edades y las nociones mismas que ha creído las más ciertas? Parece querer apagar la antorcha de las ciencias para reavivar él solo al fuego puro de la razón. ¿Quiere imitar a estos pueblos de la antigüe-

dad, donde era un crimen prender con fuego extranjero lo que se quemaba en los de los dioses? Gran Descartes, si no te ha sido concedido encontrar siempre la verdad, al menos has destruido la tiranía del error.

Francia, que ha sido adelantada ya por España e Inglaterra en la gloria de la poesía; Francia, cuyo genio no ha terminado de formarse hasta que el espíritu filosófico comienza a difundirse, quizá deberá a esta misma lentitud la exactitud, el método, el gusto severo, de sus escritores. Los pensamientos sutiles y rebuscados, la pesada ostentación de una erudición fastuosa corrompen aún nuestra literatura. ¡Qué extraña diferencia entre nuestros progresos en el gusto y los de los antiguos! El avance real del género humano se delata incluso en sus extravíos. Los caprichos de la arquitectura gótica no pertenecen a aquellos que sólo tienen cabañas de madera. La adquisición de conocimientos en los primeros hombres y la formación del gusto marchaban, por así decirlo, al mismo paso. De aquí que su herencia fuera una torpe rudeza, una demasiado grande simplicidad. Guiados por el instinto y la imaginación, concibieron poco a poco las relaciones entre el hombre y los objetos de la naturaleza que son los únicos fundamentos de lo bello. En los últimos tiempos, a pesar de la imperfección del gusto, el número de ideas o de conocimientos ha ido aumentando. El estudio de los modelos y de las reglas había echado a perder la contemplación de la naturaleza y el sentimiento: ¿Hace falta volver por la reflexión al momento en que los primeros hombres habían sido conducidos por un instinto ciego?, ¿y quién no sabe que éste es el supremo esfuerzo de la razón?

En definitiva, se han disipado todas las oscuridades. ¡Cuánta luz brilla en todas partes! ¡Qué multi-

tud de grandes hombres en todos los géneros! ¡Qué perfección de la razón humana! Un hombre ha sometido el infinito a cálculo, ha desvelado las propiedades de la luz, la cual —iluminándolo todo— parece esconderse a sí misma. Ha puesto en la balanza a los astros, la Tierra y todas las fuerzas de la naturaleza. Este hombre ha encontrado un rival. Leibniz abraza en su vasta inteligencia todos los objetos del espíritu humano. Las diferentes ciencias, encerradas en principio en un pequeño número de nociones simples comunes a todos, cuando han llegado por sus progresos a ser más amplias y más difíciles, no pueden ser consideradas más que separadamente. Pero un progreso aún mayor las acerca, puesto que se descubre esta dependencia mutua de todas las verdades que, encadenándolas entre ellas, las ilumina la una por la otra. Si cada día añade algo a la inmensidad de las ciencias, cada día las hace más sencillas, puesto que los métodos se multiplican con los descubrimientos, puesto que los andamios se elevan con el edificio.

¡Oh Luis! ¡Cuánta majestad te rodea! ¡Qué brillo ha repartido en todas las artes tu mano benéfica! ¡Tu feliz pueblo se ha convertido en el centro de la civilización! ¡Rivales de Sófocles, de Menandro, de Horacio, reuníos en torno de su trono! ¡Sabias academias, naced, unid vuestros trabajos para la gloria de su reino! ¡Qué multitud de monumentos públicos, de producciones del genio, de nuevas artes inventadas, de artes antiguas perfeccionadas! ¿Quién podría describirlas? ¡Abrid los ojos y mirad! Siglo de Luis el grande, que vuestra luz embellezca el reino precioso de su sucesor!<sup>11</sup> ¡Que ella dure

<sup>11</sup> Para un ilustrado francés no podía haber otro final mejor de la historia que el esplendor de las luces a partir del llamado

para siempre, se extienda por todo el universo! ¡Puedan los hombres llevar a cabo sin cesar nuevos pasos en la carrera de la verdad!<sup>12</sup> Más todavía, ¡que puedan llegar a ser sin cesar mejores y más felices!

En medio de estas vicisitudes de las opiniones, de las ciencias, de las artes y de todo lo que es humano, gozad, señores, del placer de ver a esta religión, a la que habéis consagrado vuestros corazones y talentos. Siempre igual a sí misma, siempre pura, siempre entera, se perpetúa esta religión en la Iglesia, conservando todos los trazos del sello con que la ha marcado la divinidad. Vosotros seréis sus ministros y seréis dignos de ella. La facultad espera de vosotros su gloria; la Iglesia de Francia, sus luces; la religión, sus defensores. El genio, la erudición y la piedad se unen para fundar sus esperanzas.

siglo de Luis XIV. Es de notar que la publicación del famoso libro de Voltaire *Le siècle de Louis XIV* es un año posterior al discurso de Turgot, ya que fue publicado en 1751.

<sup>12</sup> Turgot termina abierto a posteriores progresos de la humanidad y de su ilustración en una perspectiva sin fin.